

Historia de Lynda

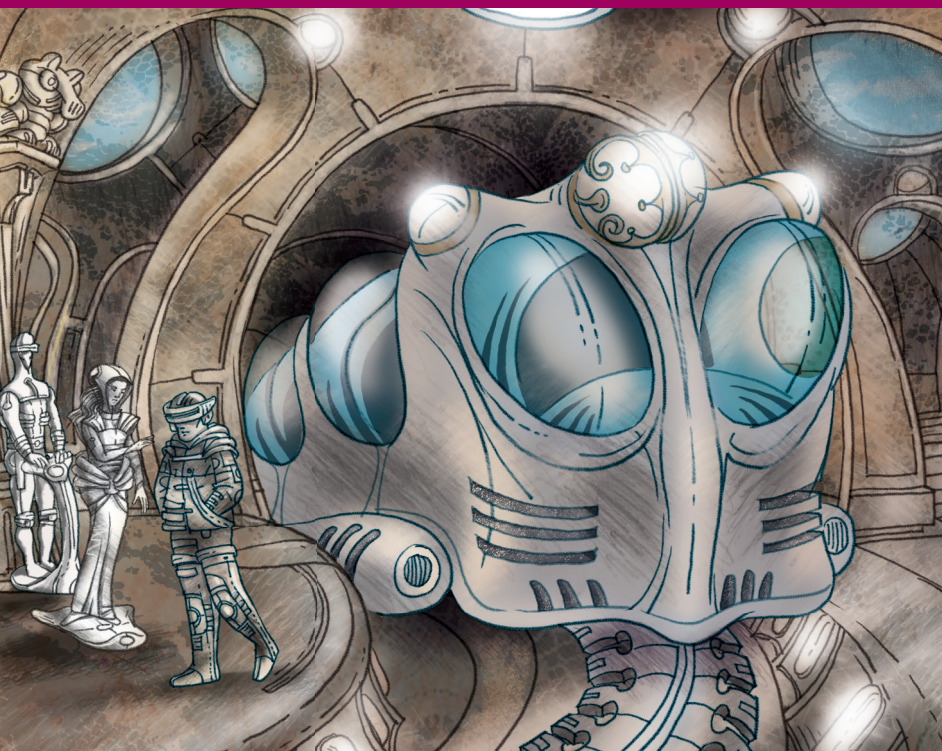
CAPÍTULO 1

ME miro en el espejo y no me reconozco. ¿Esa chica

Ana Alonso
Javier Pelegrín

ODIO EL ROSA 2

de pelo oscuro, ojos
castaños y piel tostada
soy yo de verdad? Las



estilistas enviadas por Juliette para transformarme en



Historia de Lynda

**Ana Alonso
Javier Pelegrín**

ILUSTRACIONES DE MIGUEL NAVIA

OXFORD
UNIVERSITY PRESS

Oxford University Press es un departamento de la Universidad de Oxford.
Como parte integrante de esta institución, promueve el objetivo
de excelencia en la investigación y la educación
a través de sus publicaciones en todo el mundo.

una nueva per- sona han hecho bien su trabajo.

Primera edición: febrero de 2015

Diseño de colección: Felipe Samper

Fotografías: George W. Bailey/Shutterstock (cómic, pág. 8)

© del texto de la novela y del guion del cómic:

Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2015

© de las ilustraciones de la novela y del cómic:

Miguel Navia, 2015

© de esta edición:

Oxford University Press España, S. A., 2015

Publicado en España

por Oxford University Press España, S. A.

Parque Empresarial San Fernando, Edificio Atenas

28830 San Fernando de Henares (Madrid)

ISBN: 978-84-673-8069-9
Depósito legal: M-5986-2015
Impreso en España

No queda ni rastro de la pálida y rubia Sara que



Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su grabación y/o digitalización en ningún sistema de almacenamiento, ni su transmisión en ningún formato o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de Oxford University Press España, S. A., o según lo expresamente permitido por la ley, mediante licencia o bajo los términos acordados con la organización de derechos reprográficos que corresponda. Las cuestiones y solicitudes referentes a la reproducción de cualquier elemento de este libro, fuera de los límites anteriormente expuestos, deben dirigirse al Departamento de Derechos de Oxford University Press España, S. A.

No está permitida la distribución o circulación de esta obra en cualquier otro formato. Esta condición debe imponerse y obliga a cualquier adquirente o usuario.

hace apenas cuarenta y ocho horas conquistó las pantallas de medio mundo.

Además, lo sabe todo el planeta: Sara ha muerto.

Sara ha muerto. Tengo que metérmelo en la cabeza. Si me permito el lujo de olvidarlo durante un solo instante, el futuro de mi familia estará en peligro.

Dora, una de las dos chicas que Sweet Pink ha enviado para borrar de mi rostro cualquier parecido con Sara, me sujeta la nuca con las dos manos y me endereza la cabeza. Nuestros ojos se encuentran en el espejo. Nunca nos habíamos visto antes, pero estoy segura de que me conoce. ¿Había alguien en Sweet Pink que no me conociera?

Supongo que ella y su compañera habrán firmado un contrato de confidencialidad antes de venir a mi casa. Nadie debe saber que Sara Lear sigue viva en un suburbio de Los Ángeles, después del gran montaje que ha organizado Juliette alrededor de mi falso accidente de esquí. Sería una catástrofe que el público averiguase la verdad. Pero Juliette parece muy segura de lo que está haciendo. No se habría arriesgado tanto si pensase que corre algún peligro.

—¿Qué opinas, Irina? —le pregunta Dora a la otra estilista—. ¿Media melena con flequillo?

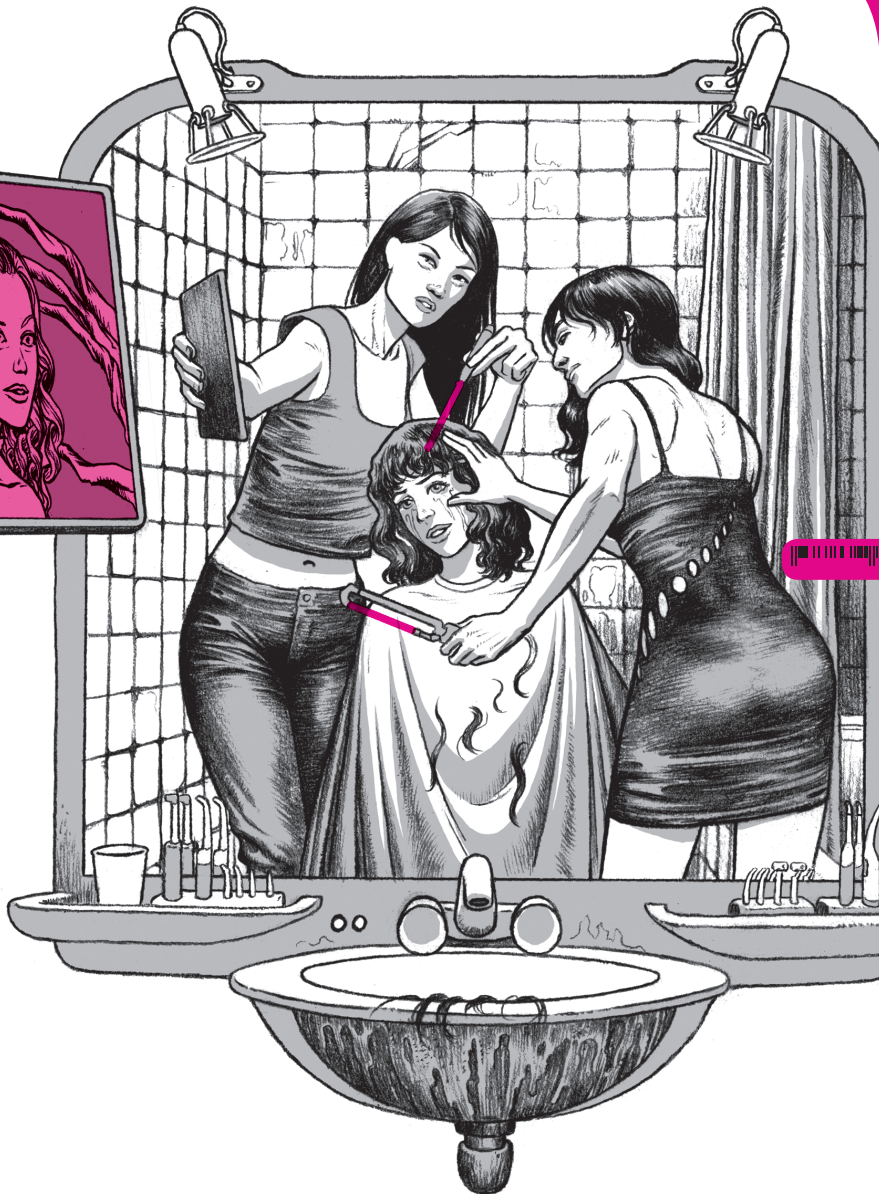
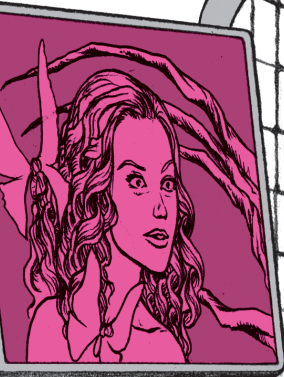
—Espera, la simulación 3D se está completando —contesta la otra mirando la pantalla de su tableta—. Un segundo... Ya está. Sí, yo creo que funciona. Mira, no se parece en nada.

Sobre la tableta flotan por un momento dos imágenes holográficas: una es la simulación de mi nuevo corte de pelo montada

sobre una fotografía que acaban de tomarme. La otra es la cubierta de mi disco: quiero decir, del disco de Sara.

Es como si una mano invisible me presionase en el centro del pecho hasta cortarme la respiración.





Mi disco: las canciones son mías, la voz es mía, y la imagen... Pero legalmente yo no tengo ningún derecho a reclamar nada. Todo le pertenece a Sweet Pink. Estaba en el contrato que firmé cuando entré en la compañía, justo después de aprobar los exámenes.

Es curioso, porque, aunque ellos afirman que estoy muerta, por lo visto ese contrato sigue vigente. El abogado que trajo ayer los papeles que faltaban para completar mi nueva documentación intentó explicármelo. No presté demasiada atención a los detalles, pero la idea general estaba bastante clara: mi nueva vida, igual que la antigua, también le pertenece a Sweet Pink. Por el momento, me dejarán vivir aquí, con mis padres, e incluso me permitirán buscar un nuevo trabajo (siempre que me mantenga alejada de las grandes marcas). Pero si en algún momento cometo un error, si dejo que alguien descubra quién soy en realidad o llamo la atención de alguna manera, mi situación puede cambiar en cuestión de horas.

Cuando el abogado terminó de darme sus explicaciones, me quedé esperando. Pensaba que iba a añadir algo más, que me iba a

ofrecer una salida. Un trabajo discreto dentro de la compañía, alejada de los focos y de los medios, pero haciendo lo que mejor sé hacer. Al fin y al cabo, me he pasado la vida estudiando a Sweet Pink. Lo sé todo sobre la marca, incluso las cosas que preferiría no saber. Y soy buena relacionando datos, sacando conclusiones. Estoy segura de que todavía podría serles útil. Todavía...

Pero ¿qué estoy diciendo? No quiero serles útil. Esto no ha pasado por casualidad, ha pasado porque lo he provocado yo.

Es verdad que calculé mal mi importancia para Sweet Pink. Esperaba un resultado diferente cuando me planté ante Juliette, cuando la amenacé con irme si las cosas no empezaban a cambiar dentro de la empresa. Creí que cedería. No sé cómo pude ser tan estúpida. De acuerdo, me equivoqué, pero eso no significa que mi repugnancia hacia todo lo que representa Sweet Pink no fuese sincera. Antes o después, esto tenía que pasar. Juliette tenía razón, yo no he sido nunca una auténtica chica Sweet Pink. Antes o después me habría resultado imposible seguir adelante con la farsa: demasiadas

atrocidades, demasiados abusos detrás de esa fachada perfecta de mujeres bellas y triunfadoras. Lo que ha ocurrido es probablemente lo mejor que podía ocurrirme. Estoy fuera. Estoy fuera...

¿Por qué, al repetir esa frase en voz baja, se me llenan los ojos de lágrimas?

A lo mejor todavía me dan una oportunidad. Solo han pasado tres días. Puede que Juliette esté alargando todo esto para darme una lección. Hasta el reportaje del accidente de esquí y de mi multitudinario funeral podría ser un montaje.

Quizá me haga esperar unos días más y luego me deje volver. Podría ocurrir.

Pero no, no va a pasar. Nadie va a venir a buscarme.

Dora e Irina han sido claras. Cuando ellas salgan de esta casa, mi relación con Sweet Pink habrá terminado oficialmente. Cada mes nos harán llegar un paquete con los tratamientos cosméticos necesarios para mantener mi nueva imagen y eso será todo. Dora

e Irina no tendrán que volver por aquí. Eran necesarias en esta primera transformación, para evaluar las posibles combinaciones de peinado, color de piel, lentillas, maquillaje inteligente, y elegir el estilismo que más me aleje de mi antiguo aspecto. A partir de ahora, mantener mi nueva imagen será responsabilidad mía.

Dora toma entre sus dedos un mechón de pelo mojado y lo corta de un tijeretazo. Después sigue cortando. Copos de pelo oscuro caen pesadamente sobre la capa de plástico rosa que cubre mis hombros. Algunos resbalan hasta las baldosas del suelo.

Irina va marcándole a Dora las líneas exactas por donde debe cortar con un puntero que proyecta líneas luminosas sobre cada mechón. Así se aseguran de que el resultado sea perfecto.

—¿Os han dicho algo sobre la ropa que puedo ponerme? —pregunto.

Las dos mujeres cruzan una mirada.



—Puedes ponerte lo que quieras, siempre que esté a tu alcance —dice Dora.

—Y que no sea de nuestra marca, claro —añade Irina con una malévola sonrisa.

No sé por qué me irrita tanto esa sonrisa. No debería importarme, pero me siento como si me hubiese escupido en la cara.

—¿Sabes lo que te digo? —pregunto, sosteniéndole la mirada en el espejo—. Que me alegro. Me alegro de no tener que ponerme nunca más esa ropa ridícula.

Irina se encoge de hombros.

—Pues mejor para ti. Las calles están llenas de mercadillos donde puedes encontrar ropa más de tu estilo. Cuanto menos se parezca a la ropa de Sweet Pink, mejor para nosotros.

—Sí, así nadie te reconocerá. Aunque después de lo que te hemos hecho, no hay peligro de que eso pase —la apoya Dora.

Mientras habla, sigue cortando con metódica precisión. Pronto terminará, supongo. Y

cuando termine, las dos se irán. Es posible que nunca más vuelva a hablar con alguien de Sweet Pink.

—¿A vosotras os parece bien todo esto?
—pregunto, y se me quiebra la voz—. ¿Os parece bien lo que están haciendo conmigo? Yo no he cometido ningún crimen. Querían mi imagen y se la di. Querían mi voz y se la presté. Querían grabar un disco y grabamos el disco. ¿Os parece que es justo lo que me están haciendo?

—Yo también pasé el examen de la marca, hace ahora unos diez años —contesta Dora con la vista fija en el mechón de pelo que está cortando—. Puede que mi nota no fuera de las mejores, pero desde que me admitieron tuve bien clara una cosa: todo lo que soy se lo debo a Sweet Pink. Y yo no soy nadie para opinar sobre las decisiones que toma la empresa.

—No puedes esperar que te entendamos —añade Irina—. Tú lo has tenido todo y has sido una desagradecida. Por tu culpa, otra chica se quedó fuera en el examen. La marca apostó por ti y tú nunca lo has valorado.

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Venía en el informe que os dieron cuando os encargaron este trabajo?

Irina enchufa el secador a la pared, pero no lo enciende.

—Nos lo dijo Juliette —explica—. Dora y yo somos sus estilistas personales. La acompañamos en todos sus viajes, y tenemos una relación con ella... No sé si tú podrías entenderlo.

—Se llama *amistad* —resume Dora con orgullo—. Y no, no puede entenderlo. Pásame una pinza, Irina. Ya casi he terminado.

El rugido del secador interrumpe la conversación. Mejor. De todas formas, es inútil seguir hablando con ellas.

Se consideran amigas de Juliette. ¡Qué estúpidas! Claro, por eso me las ha enviado. Sabe que puede fiarse totalmente de su lealtad. No contarán una palabra de lo que ha ocurrido aquí.

Irina maneja desde su tableta el cepillo que acaba de enroscarse en las puntas de mi

pelo. Observo en el espejo cómo flota en el aire, tirando de uno de los mechones de delante mientras un chorro de aire abrasador se desliza por encima y por debajo. Toda la operación me resulta bastante desagradable. No tiene nada que ver con el silencioso tratamiento que solían aplicarme en Palacio para secarme y alisarme la melena mediante nanopartículas flotantes, que absorbían la humedad y transformaban la estructura de las fibras capilares.

Esos lujos se han terminado para siempre.

Cuando acaban de peinarme, Dora apaga el secador. Las dos me miran en silencio.

—Bueno, ya está —dice Dora—. Buena suerte, Lynda.

—No soy Lynda —murmuro, observando en el espejo ese rostro moreno y triste que no se parece en nada al mío—. No quiero ser Lynda.

—Te acostumbrarás —asegura Irina mientras envuelve el secador en su funda térmica de seda negra y fucsia—. Además, si lo piensas

bien, deberías estar agradecida. Esta casa no está tan mal. La mayoría de la gente vive mucho peor.

—No se trata de eso. No pueden obligarme a convertirme en alguien que no soy. No pueden robarme mi identidad.

He cogido una mano de Dora entre las mías. No sé por qué lo he hecho. Es absurdo, no va a servir de nada. Pero puede que esta sea mi última oportunidad de hacerle llegar un mensaje a Juliette.

—Quiero volver a ser Sara —digo—. Es lo único que quiero. Por favor, decídselo.

Dora se libera de mis dedos con suavidad y me pone una mano en el hombro. Irina se está abrochando los botones del abrigo.

—Se lo diremos —me asegura Dora—. Adiós, cielo.

Salen del dormitorio de mis padres sin cerrar la puerta, y el sonido de sus tacones alejándose por el pasillo suena horriblemente definitivo.

ODIO EL ROSA 2

¿Te ha gustado *Historia de Lynda*?

Pues la aventura no ha hecho más que empezar...

Alguien ha secuestrado a Ruth, la compañera de trabajo de Lynda, ¿quién ha sido?

Adéntrate en el universo transmedia de Odio el Rosa y descifra el misterio en las webs y blogs de la saga. La primera pista la encontrarás al final del cómic que acompaña a este libro...

¿Te atreves a formar parte de la historia?

*Al final de este libro encontrarás un cómic.
Léelo y descubre todas las novedades transmedia
de Odio el Rosa relacionadas con el secuestro
de Ruth, la nueva compañera de trabajo de Sara.*

ODIO EL ROSA 2

*Una historia, dos libros
y un conjunto de webs
llenas de secretos*

OXFORD
UNIVERSITY PRESS



Vive la experiencia en
www.odioelrosa.com

Tras su impactante salida de la marca Sweet Pink (www.sweetpinkfashion.com), Sara Lear se ve obligada a empezar de cero bajo una nueva identidad. Pero desprenderse del pasado no le resultará fácil, sobre todo cuando descubra que hay alguien que conoce su secreto y que la está buscando. Además retomará el contacto con el enigmático Dark, sin sospechar que terminará enamorándose de él.